Paul Strathern

Filósofos
en 90 minutos

SÓCRATES



La colección *Filósofos en 90 minutos* incluye interpretaciones breves, pero autorizadas, de los más grandes pensadores de la humanidad y descifra sus filosofías en una forma amena y accesible que las hace interesantes y comprensibles a casi cualquiera.

Con Sócrates se inicia la gran época de la filosofía, transcurrido apenas un siglo desde sus comienzos. Sócrates dedicaba tanto tiempo a pasear por las calles de Atenas hablando de filosofía, que nunca llegó a escribir nada. Su método basado en preguntas provocadoras, lo que se llamó dialéctica, fue precursor de la lógica. Lo utilizaba para desenmascarar las tonterías de sus adversarios y llegar a la verdad. Pensó que era mejor cuestionarnos a nosotros mismos que al mundo. Sócrates situó la filosofía sobre las bases sólidas de la razón; pensaba que el mundo no era accesible a nuestros sentidos, sólo al pensamiento. Finalmente, acusado de impiedad y de corromper a la juventud, fue juzgado y sentenciado a muerte y dio fin a su vida bebiendo la cicuta.

En Sócrates en 90 minutos, Paul Strathern presenta un recuento conciso y experto de la vida e ideas de Sócrates, y explica su influencia en la lucha del hombre por comprender su existencia en el mundo. El libro incluye una selección de opiniones de Sócrates, una breve lista de lecturas sugeridas para aquellos que deseen profundizar en su pensamiento y cronologías que sitúan a Sócrates en su época y en una sinopsis más amplia de la filosofía.


BAJAEPUB

Sócrates en 90 minutos

Filósofos en 90 minutos - 21

ePub r1.0
Titivillus 16.10.15

Título original: *Socrates in 90 minutes*
Paul Strathern, 1999
Traducción: José A. Padilla Villate
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Introducción

En el comienzo fue el mundo, aunque, en realidad, no sabíamos mucho de cómo era. A pesar de ello, sobrevivimos. El primer filósofo fue aquel hombre desconcertado del neolítico que se hizo preguntas. ¿Qué era lo que estaba pasando? ¿Qué diablos era todo esto?

Las respuestas que dimos no fueron, durante innumerables milenios, filosofía. Consistían en superstición, cuentos de hadas y religión. Los primeros en dar respuestas filosóficas —esto es, los primeros en usar la razón y la observación, libres de galimatías metafísico— fueron los antiguos griegos, en el siglo VI a. C. Sigue siendo un misterio por qué este importante salto en la evolución humana hubiera de tener lugar precisamente en aquel tiempo y en las insignificantes costas del Egeo. Los chinos, los babilonios y los antiguos egipcios estaban más adelantados en esa época, tenían una tecnología práctica superior y sabían mucho más acerca de las matemáticas. Las complejidades de la fabricación de la seda, la construcción de pirámides y la habilidad de predecir eclipses estaban mucho más allá de la capacidad de los griegos, y comparada con la sofisticación teológica de la religión de los chinos, babilonios y antiguos egipcios, resulta ridícula la colección de primitivos mitos de los antiguos griegos sobre la conducta de los dioses en el Olimpo. Era una religión retrasada que se había quedado en la etapa infantil del desarrollo (solo cuando la religión madura requiere sacrificios humanos).

Pero justamente en esta situación infantil puede residir la clave del misterio, al menos en parte; sin ella podría no haber ocurrido nunca el milagroso florecimiento de la cultura griega antigua, todavía reconocida como fundamento de la cultura occidental. La religión trivial de los griegos no dejaba lugar a la especulación teológica o espiritual. Antes de los griegos, la investigación intelectual había girado siempre alrededor de la religión, permitiendo así que metafísica y superstición se infiltraran en el proceso de razonamiento y observación. La astronomía babilonia estaba plagada de recetas astrológicas y la matemática egipcia impregnada de superstición

religiosa. Los antiguos griegos estaban libres de tales lastres cuando comenzaron a hacerse preguntas intelectuales. Sus pensamientos se desplegaban en libertad por el mundo real.

Tal vez se deba a esta libertad el que el desarrollo de la cultura girega antigua transcurriera a una velocidad milagrosa. Por ejemplo, la tragedia griega pasó de un ritual religioso ampuloso y primitivo al drama sofisticado (el mismo, formalmente, hoy) en el curso de una *sola generación*. De modo similar, la filosofía comenzó a mediados del siglo VI a. C., pero ya a finales del siglo siguiente había dado a Platón, a quien muchos consideran su máximo exponente. Los progresos de la antigua Grecia durante el siglo V a. C. permanecen sin rival hasta el día de hoy; solo el siglo veinte la supera en cambio cuantitativo.

Se tiene generalmente a Tales de Mileto, un griego del Asia Menor, por el primer filósofo en el tiempo. Sabemos que practicaba su oficio en el 585 a. C. porque se hizo famoso al predecir un eclipse de sol que tuvo lugar aquel año. (Con casi toda seguridad, copió este conocimiento de fuentes babilonias). Se dice que Tales fue el primer filósofo auténtico porque fue el primero en intentar explicar el mundo en términos de la naturaleza observable y no en la mitología; lo cual significa que sus conclusiones quedaban sujetas a una argumentación racional sobre si estaban en lo cierto o equivocadas. La tesis principal de Tales es que todo, en última instancia, consiste en agua. De este modo inició la tendencia posterior de la filosofía a equivocarse.

La filosofía floreció rápidamente después de Tales. Aparecieron nuevos filósofos con una serie de explicaciones diferentes del mundo. No consistía en agua, sino en fuego; después en aire o en trozos de luz, y así sucesivamente. Se les llama presocráticos a los filósofos de este periodo (mediados del siglo VI a mediados del siglo V a. C.). Solo nos han quedado fragmentos de su filosofía, tanto escritos directamente como en referencias de otras fuentes. No obstante, muchos de sus nombres nos son todavía familiares. Pitágoras, famoso por el teorema que descubrieron en realidad otros, comprendió el papel que desempeñan los números en la música —la armonía se basa en razones numéricas—, lo que le condujo a creer que el mundo está hecho, en última instancia, de números. Esta teoría no es tan loca como pudiera parecer a primera vista; Einstein, por ejemplo, ciertamente creyó que el mundo puede ser explicado en términos matemáticos. Si bien los científicos modernos no creen, tal vez, que el mundo está hecho de números,

estos sí desempeñan un papel central en su descripción y definición, desde los quarks a los quásares. Otro filósofo presocrático que se anticipó a la ciencia moderna fue Demócrito, que pensó que el mundo está compuesto de átomos, una idea que tardaría más de 2000 años en ser mantenida por los científicos.

Anaxágoras fue el primer filósofo ateniense, si bien, casi con total certeza, fue una importación enviada desde Jonia, en el Asia Menor, y hecha por Pericles a fin de elevar el tono de la educación ateniense. Anaxágoras era más bien un filósofo menor; invirtió la tendencia de la explicación del mundo en términos de una sola substancia; aducía que consistía en un número infinito de substancias, de modo que cada cosa contenía en sí algo de todas las demás, y así se vio obligado a sostener que, de resultas de esta mescolanza, las plantas poseían mente, que la nieve era en parte negra y que el agua contenía elementos de sequedad. Anaxágoras es importante, a pesar de estas extravagancias disfrazadas de ideas, pues fue el introductor de la filosofía en Atenas y el que se la presentó a Sócrates. Anaxágoras fue maestro de Sócrates.

Según algunas fuentes, Anaxágoras fue también maestro de Pericles, la fuerza política impulsora de la Edad de Oro de Atenas (desde la mitad del 440 a. C. hasta finales del 430 a. C.). Este periodo vio la construcción del Partenón, la gran época de la tragedia griega, las esculturas de Fidias (cuyo Zeus era una de las Siete Maravillas del mundo antiguo), y el surgimiento de la filosofía clásica con Sócrates. No se sabe si Anaxágoras tuvo alguna (o ninguna) influencia sobre Pericles. Sí se sabe que Anaxágoras sostenía que el sol era una inmensa roca ardiente y que la luna estaba hecha de tierra; por expresar estas ideas (irónicamente, las únicas suyas cercanas a la verdad) fue acusado de impiedad y obligado a huir de Atenas. Este es el primer caso en que la filosofía fue tomada en serio. Era peligrosa.

Estas fueron las dos primeras lecciones que Anaxágoras dio a Sócrates: que la filosofía es algo serio a la par que peligroso. Como veremos, Sócrates decidió hacer caso omiso de ambas. Su olvido de la primera lección hizo de él el más atractivo de todos los filósofos y el de la segunda habría de costarle la vida.

La filosofía conoció su más grande época solo un siglo después de haber comenzado, con tres de los filósofos más importantes que ha conocido el mundo. El primero fue el muy peculiar Sócrates, que dedicaba tanto tiempo a pasear por las calles de Atenas hablando de filosofía que nunca llegó a

escribir nada, de modo que lo que conocemos de sus enseñanzas nos ha llegado a través de los escritos de su discípulo Platón, en los que no es fácil determinar cuáles son ideas de Platón y cuáles de su mentor.

Sócrates desarrolló un método basado en preguntas provocadoras, lo que se llamó dialéctica (precursora de la lógica); lo utilizaba para desenmascarar las tonterías de sus adversarios y llegar a la verdad. Platón captó el espíritu de estas conversaciones en sus diálogos clásicos; tanto sus maneras, más ortodoxas, como su modo de vida añadieron cierta respetabilidad, muy necesaria, a la filosofía, si bien siguió con la tradición filosófica de equivocarse. Platón pensaba que el mundo real consiste en ideas y que lo que vemos y experimentamos no son más que sombras. A pesar de lo poco realista de esta concepción, muchos pensadores creen que toda la filosofía posterior no ha sido sino notas a pie de página a la obra de Platón; esto es una exageración, pero es sin duda cierto que Platón fue el primero en formular claramente muchos de los problemas filosóficos que han estado ocupándonos hasta hoy.

El tercer miembro del triunvirato fue Aristóteles, uno de los discípulos de Platón. Aristóteles, de talante profesoral, rechazó los intentos de su maestro por hacer interesante la filosofía presentándola en forma de diálogo y, en vez de hacerlo así, escribió numerosos tratados, muchos de los cuales se extraviaron por culpa de sus desagradecidos seguidores. Las reglas aristotélicas del pensar y sus clasificaciones sirvieron de cimiento para el pensamiento científico y filosófico de los dos milenios siguientes. Solo en siglos recientes hemos empezado a entender *cómo* se equivocó Aristóteles. Parece que comprendió que todas las explicaciones omnicomprensivas terminan en el error, aunque esto no le impidió tratar de encontrar él mismo una.

No seríamos lo que somos sin la filosofía, que comenzó en la antigua Grecia y retuvo durante siglos su marcado carácter griego. No tendríamos ciencia, y los intentos de alcanzar toda clase de verdad serían asunto de la fantasía o el capricho, tal como lo es, por ejemplo, en las llamadas ciencias de la política, la psicología y la economía. Incluso la ética sigue en tan triste estado, a pesar de los persistentes intentos de filósofos y teólogos a través de los tiempos. Hoy no somos mejores, moralmente hablando, de lo que éramos hace dos milenios, y ni siquiera sabemos cómo llegar a serlo.

Ha llevado a los filósofos 25 siglos de errores el hecho de concluir que

lo importante no es equivocarse. Ahora piensan que lo que importa es la mera práctica de la filosofía, de modo que esta se ha convertido en una actividad más, como la cata de vinos o la evasión de impuestos, de efectos igualmente ambiguos en el que las practica. Por primera vez en la historia de la filosofía, se considera superfluo el intento de cualquier individuo por construir una filosofía propia. Ha llegado a su fin la tradición de Platón, Kant, Ehrensvard y Wittgenstein. Esta tradición del uso de la razón y la observación, que atrajo tanto a las mentes más grandes que el mundo ha conocido, creció hasta su madurez con Sócrates.

Vida y obras de Sócrates

Sócrates nació en el 469 a. C., en una aldea situada en la ladera del monte Licabeto, que estaba entonces a 20 minutos de marcha de Atenas. Su padre era escultor y su madre, partera. Ayudó durante un tiempo a su padre como aprendiz y, según una tradición, trabajó en *Las tres musas y sus hábitos,* que adornó la Acrópolis. Fue después enviado a estudiar con Anaxágoras.

Sócrates prosiguió sus estudios con el filósofo Arquelao, «de quien fue amado en el peor de los sentidos», según Diógenes Laercio, el biógrafo del siglo III d. C. En la antigua Grecia, como todavía en gran parte del Mediterráneo oriental, la homosexualidad era vista como una diversión aceptable. La llegada del cristianismo reemplazó tales prácticas sexuales ortodoxas por otras más limitadas y heterodoxas. Así pues, mientras que Anaxágoras tuvo que huir de Atenas para salvar su vida, Arquelao no tuvo ninguna dificultad en continuar con el intercambio, más que intelectual, con sus discípulos.

Sócrates estudió con Arquelao matemáticas, astronomía y las enseñanzas de los primeros filósofos. La filosofía había sido objeto de estudio durante más de un siglo y era algo así como la física nuclear de la época. En verdad, el mundo de la filosofía (primero solo agua, luego fuego, más tarde puntos de luz, y así sucesivamente) guardaba tanta relación con el mundo real como el mundo de la física nuclear moderna con la realidad cotidiana. No solemos pensar que nuestros encuentros con los mesones sean lo más excitante de nuestra existencia diaria, y uno sospecha que los antiguos griegos escuchaban un tanto fastidiados revelaciones del estilo de que el mundo era en realidad una pecera, un horno o una fiesta de fuegos artificiales.

Sócrates pensó que estas especulaciones acerca de la naturaleza del mundo no podían resultar beneficiosas para la humanidad. Siendo un pensador ostensiblemente razonable, Sócrates era curiosamente anticientífico, probablemente debido a la influencia del más grande de los filósofos

presocráticos, Parménides de Elea. Se dice que Sócrates, en su juventud, conoció a un Parménides ya mayor y que «aprendió mucho de él». Parménides resolvió el conflicto entre los que pensaban que el mundo estaba hecho de una sola substancia (como el agua, o el fuego) y los que, como Anaxágoras, creían que consistía en muchas substancias. Y lo resolvió, simplemente, no haciéndole caso. Según Parménides, el mundo, tal como lo conocemos, es una ilusión. No importa de cuántas cosas pensemos que está hecho, porque no existe. La única realidad verdadera es la del Ser eterno, infinito, inmutable e indivisible; no tiene pasado ni futuro y comprende dentro de sí el universo entero y todo lo que pueda suceder en él. «Todo es uno» era el principio básico de Parménides. La multiplicidad siempre cambiante que observamos es meramente la apariencia de ese Ser estático que todo lo abarca. Tal idea del mundo no es apenas favorable a la ciencia. ¿Por qué perder el tiempo pensando en cómo funcionan las cosas del mundo cuando no son más que una ilusión?

En aquellos días primeros, de la filosofía se pensaba que comprendía el estudio de todo lo cognoscible. (En griego, filósofo significa «amante de la sabiduría»). Las matemáticas, la ciencia y la cosmología no existían como tales, sino que eran consideradas, y continuaron siéndolo durante siglos, parte de la filosofía. Todavía en el siglo XVIII, Newton tituló su obra maestra acerca de la gravedad y la estructura del universo *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica (Los principios matemáticos de la filosofía natural).* Solo con los años vino a ser tenida por el estudio de cuestiones metafísicas (sin respuesta, en cuanto tales). Tan pronto como la filosofía encontraba respuestas, dejaba de ser filosofía y se convertía en otra cosa, un campo separado, como las matemáticas o la física. Se piensa a menudo que el ejemplo más reciente de este proceso lo constituye la psiquiatría que, con la pretensión de que responde a numerosas cuestiones, se estableció por su cuenta como ciencia separada. (En realidad, no cumple con los requisitos filosóficos de toda ciencia, que exige que un conjunto de principios puedan ser ensayados en experimentos, algo que no parecen satisfacer las imprecisiones de la paranoia, curas psicoanalíticas de la demencia y otras formas de desarreglo psicopático).

En tiempos de Sócrates, este campo era considerado naturalmente como parte de la filosofía, y los ciudadanos de Atenas miraban a los filósofos más o menos como el público en general de hoy mira a los psiquiatras. La actitud de

Sócrates era ciertamente psicológica, en el sentido originario de la palabra, pues en griego psicología significa «estudio de la mente». Pero no era un científico en cuanto que obedecía a la influencia de Parménides. La realidad es una ilusión. Esta idea tuvo un efecto negativo en Sócrates y en su sucesor Platón. Se hicieron progresos importantes en matemáticas durante el lapso de sus vidas, pero solo porque se las consideraba intemporales y abstractas y en contacto, en cierto modo, con la realidad última del Ser. Por suerte, el sucesor de ambos, Aristóteles, tenía una actitud diferente frente al mundo y fue, de muchas maneras, el fundador de la ciencia, volviendo la atención de la filosofía hacia la realidad. Pero la actitud acientífica —en realidad, anticientífica— de Sócrates habría de ser ruinosa para la filosofía durante siglos.

De resultas, en gran parte, de la actitud anticientífica de Sócrates, las grandes mentes científicas del mundo griego trabajaron al margen de la filosofía. Arquímedes en física, Hipócrates en medicina y, en cierta medida, Euclides en geometría, quedaron aislados de la filosofía y, por ende, de una tradición en desarrollo del conocer y el argumentar. Los antiguos científicos griegos sabían que la tierra gira alrededor del sol, que era redonda e incluso calcularon su circunferencia. Observaron la electricidad y conocían que la tierra posee un campo magnético. Apartados de la «sabiduría universal» de la filosofía, tales parcelas del conocimiento quedaron reducidas a curiosidades. Le debemos mucho a Sócrates por situar a la filosofía sobre las sólidas bases de la razón, pero el hecho de que la filosofía naciera bajo la égida de un anticientífico es una de las grandes desgracias del conocimiento humano. La importancia de que esta oportunidad se desperdiciara es enorme. La energía mental derrochada durante la Edad Media para calcular el número de ángeles que caben en la punta de un alfiler podía haberse empleado en el estudio de los átomos, propuestos por primera vez por Demócrito.

Sócrates pensaba que era mejor que nos preguntáramos a nosotros mismos en lugar de al mundo; adoptó la célebre máxima «Gnozi seauton» (Conócete a ti mismo). Esta sentencia es a veces atribuida erróneamente a Sócrates. (Puede que fuera acuñada por el primer filósofo, Tales; se sabe que estuvo grabada en el Oráculo de Delfos).

Sócrates exponía su filosofía en el ágora, el mercado de la antigua Atenas, cuyas ruinas son aún visibles bajo la Acrópolis. El lugar favorito de Sócrates allí era la stoa de Zeus Eleuterio, una columnata umbría con

tenderetes donde se vendían mercancías. Es posible distinguir los cimientos de piedra de la stoa, truncados en su extremo norte por la ajetreada línea de metro Atenas-Pireo. Desde más allá de la valla de alambre llega el clamor de la multitud, el estruendo de las cintas de *buzuki* y los gritos de los tenderos del rastro de Monastiraki, no muy distinto todo ello del estrépito que habría en tiempos de Sócrates. Imaginemos a Sócrates, atento a su negocio filosófico entre el equivalente antiguo al regateo de los comerciantes de vaqueros, los trompetazos de músicos de barrio tocando «Zorba el griego» y los gritos lastimeros de los vendedores de cacahuetes. Alguien ha debido escucharle, a pesar de todo, pues el joven Sócrates causó tal conmoción en Atenas que el Oráculo de Delfos le declaró el más sabio de los hombres a sus treinta años.

Sócrates dijo, con falsa modestia, que esto le resultaba difícil de creer, y que: «Solo sé que no sé nada». Con el fin de descubrir si había verdad en el pronunciamiento del Oráculo, Sócrates se puso a interrogar a los otros hombres sabios de Atenas tratando de averiguar qué sabían. Era un consumado maestro en exponer creencias torcidas o erróneas; pretendiendo que no sabía nada, exigía de su adversario que le dijera qué era lo que sabía; a medida que este lo iba exponiendo, iba él pinchando la burbuja de sus ilusiones haciéndole preguntas agudas. Por algo se le conocía como «el tábano de Atenas». Su método de hacer preguntas era mucho más profundo de lo que parecía a primera vista. Sócrates intentaba clarificar el debate comenzando por los primeros principios; esto requería definir los conceptos básicos sobre los que descansaban las ideas del adversario y señalar en particular las consecuencias de tales ideas. Además, Sócrates era perspicaz en la tarea de descubrir los absurdos humanos y no eludía convertir a su adversario en un hazmerreír. A juzgar por lo que de él se cuenta, ha debido de ser un oponente irritante en las conversaciones, brillante, resbaladizo y tortuoso, de modo que sus aires de sabihondo tenían que granjearle muchos enemigos, aunque también popularidad entre la juventud iconoclasta de su tiempo.

No tardó mucho en demostrar, para su propia satisfacción, que los hombres de Atenas tenidos por sabios no sabían nada en realidad, igual que él. Así pudo concluir que el Oráculo de Delfos había estado en lo cierto: él era el más sabio de los hombres, pues sabía que no sabía nada. No obstante sus métodos racionales e iconoclastas, era en cierto modo una criatura de su

época y es posible que creyera, con chanzas y todo, que el Oráculo de Delfos hablaba con la voz de los dioses. Creía también firmemente que «el alma es inmortal; después de la muerte, nuestras almas continúan existiendo en otro mundo». Si bien casi nunca mostró interés por las reverencias supersticiosas a los dioses ni por el serial de su mitología. Ciertamente, creía en algún tipo de dios; daba para esto la razón de que todo el mundo parece creer en algún tipo de dios, curioso argumento viniendo de alguien que se pasaba la vida tratando de desengañar a la gente de sus pensamientos erróneos.

La filosofía de Sócrates no trataba solamente del pensar o de métodos de análisis. Hizo también numerosas propuestas positivas, con lo que puede haber recibido en alguna ocasión dosis de su propia medicina crítica. En el diálogo de Platón *Fedón*, el personaje Sócrates expone su Teoría de las Formas, o de las Ideas. Muchos piensan que es la teoría propia de Platón, que solo pone en boca de Sócrates, pero cuando Platón escribió el *Fedón*, todos los otros personajes que aparecen en el diálogo vivían todavía, de modo que puede suponerse que las opiniones de los personajes son las suyas auténticas, a menos que Platón deseara malgastar gran parte de su tiempo en los tribunales. Es de suponer, pues, que discutían sus ideas reales con un Sócrates real; habiendo basado mucho del diálogo en fuentes reales, no parece probable que Platón introdujera un Sócrates ficticio exponiendo ideas que nunca tuvo. Platón pone énfasis en decir que Sócrates «expuso estos valores con frecuencia». A pesar de tales evidencias, la Teoría de las Formas es atribuida de costumbre a Platón.

Todo esto demuestra la dificultad que hay en atribuir algo a alguien que no escribe nada (tal vez es esta la razón de que muchos de nosotros adoptemos tal recurso). Una cosa sí es cierta en la Teoría de las Formas: ni Sócrates ni Platón fueron los primeros en pensarla. Esta hazaña se le reconoce generalmente a Pitágoras. Como hemos visto, los estudios que hizo Pitágoras de la armonía musical le llevaron a creer que el mundo consistía, en última instancia, en números; pero su concepto de los números estaba próximo a nuestra noción de forma. Estas abstracciones —número, forma— eran la realidad última para Pitágoras; eran las ideas abstractas permanentes con las que se formaban los entes concretos y particulares, siempre cambiantes, del mundo. Es evidente que está presente aquí la idea de Parménides que afirma que la realidad última es el Ser, la entidad que subyace a todas las piezas de nuestro mundo ilusorio.

Sócrates describe en el *Fedón* la naturaleza del mundo de las formas (o números, o ideas. La palabra griega que usa es *eidos*, que es la raíz de nuestra palabra idea y que puede traducirse como forma, idea o figura, donde las nociones de número y forma coinciden realmente). Según Sócrates, el mundo de las formas no es accesible a los sentidos, solo al pensamiento. Somos capaces de pensar las ideas de redondez o rojez, pero no podemos percibirlas, solo percibimos una bola roja particular; esta es creada a partir de las ideas de rojez, redondez, elasticidad, etc. Pero ¿cómo ocurre esto? Sócrates nos dice que los objetos particulares reciben sus cualidades por «participación» en las ideas de las que se derivan. Una manera de explicar esto es acudiendo a la imagen de una figura de yeso colada dentro de un molde. Las formas abstractas, o ideas, el molde, dan al objeto particular su forma, tamaño y otras cualidades.

El mundo de las formas es el único real; es universal y es el mundo básico en el que todas las cosas participan. Este mundo de formas tiene una jerarquía en cuya cúspide están las ideas universales del Bien, la Belleza y la Verdad. Las cualidades de bondad, belleza y verdad que vemos en los objetos particulares nos dirigen a la contemplación de las ideas universales en su reino abstracto. Es esta una actitud mística ante el mundo. Recuerda al pensamiento hindú, en el que quizá tuvo su origen, para el que el mundo es un velo ilusorio de Maya, transparente para el hombre bueno. Para Sócrates, las ideas universales son superiores al mundo que causa el que nos apercibamos de ellas.

Por fortuna, este vago sistema de pensamientos, que desprecia la particularidad del mundo que habitamos, no carece de cierta precisión. Al ser el número sinónimo de estas ideas más elevadas, su estudio es una tarea superior, y, así, los griegos vieron en las matemáticas una actividad iluminadora, aunque solo en su forma pura; era muy aceptable calcular la suma de los ángulos de un polígono, pero estimar el número de baldes necesarios para llenar un depósito era tarea desdeñable; esto último habría sido práctico, esto es, podría resultar útil en el sucio mundo de lo particular en el que estamos forzados a habitar. Una actitud semejante, que había de persistir en la cultura occidental y que en parte puede detectarse todavía hoy, tenía que mirar la ciencia como algo indecente.

Sócrates creció en la época de Pericles, cuando Atenas era la más fuerte y más civilizada ciudad-Estado del mundo helénico. Sus progresos habían de

resultar decisivos para el curso del desarrollo de la humanidad; aparte de los monumentos, más concretos, esta época fue testigo del florecimiento de la democracia y de la consolidación de un pensamiento auténticamente matemático y científico. Con Sócrates marcó, además, la mayoría de edad de la filosofía.

Los tiempos de relativa paz de la era de Pericles llegaron a su fin con el estallido de la Guerra del Peloponeso en el 431 a. C. La ruinosa lucha entre el imperio naval de Atenas, cuasidemocrático, y la militarista e ignorante Esparta duró más de un cuarto de siglo. La guerra y sus repercusiones políticas tuvieron un efecto crucial y continuado en la vida de Sócrates. Conviene recordar que lo que ahora nos resulta fastidiosamente cuerdo y razonable en su filosofía fue concebido contra un trasfondo siempre cambiante de beatería, trapacería y miedo. La búsqueda personal de la verdad por Sócrates se hacía en una época de valores cambiantes y certezas menguantes cuyo clima moral nos es demasiado fácil reconocer.

Al declararse la Guerra del Peloponeso, Sócrates fue llamado a filas como hoplita (raso, tercera clase, con escudo y espada). Hay muchos recuentos dispares de la vida de Sócrates, pero todos concuerdan en cuanto a su aspecto. Sócrates era uno de los hombres más feos de Atenas. Patizambo, barrigón, de hombros y brazos peludos, era calvo (se decía de su mollera que era «grandiosa»). Era también famoso por su ancha nariz chata, ojos saltones y labios gruesos.

Sócrates no solo parecía un filósofo, también se vestía como tal. Andaba, en invierno y en verano, siempre con la misma túnica raída y una capa gastada de tres cuartos; y, en todo el tiempo, iba descalzo. Como dijo su colega Antífono el Sofista, «Un esclavo al que se le obligara a ir de esta guisa, huiría». Y, a pesar de esto, parece ser que Sócrates fue un excelente soldado.

Intelectuales porfiados y feos no suelen ser populares entre los soldados, pero Sócrates era tan singular que intrigaba a sus compañeros de armas. Participó en el asedio a Potidea, en el norte de Grecia, donde el frío viento de las montañas búlgaras llega silbando en invierno; entonces, el ejército griego se convertía en una abigarrada multitud envuelta en toda clase de pieles y con retazos de fieltro atados a los pies, lejos de los esbeltos jóvenes desnudos que se ven luchando delicadamente en las vasijas griegas. Los camaradas de Sócrates se asombrarían de verlo desfilar por la nieve y el hielo descalzo, con

su precaria túnica y su capa agujereada, pero lo que realmente les intrigaría sería el verle «pensando». Cuenta Alcibíades, que sirvió junto con Sócrates en la campaña de Potidea, que, un día, el filósofo se despertó temprano y se puso a pensar en algún problema de particular dificultad. Sus camaradas pudieron verle en un campo vecino, durante horas en postura contemplativa, totalmente ajeno al mundo en derredor. Allí seguía a la hora de la cena. Algunos compatriotas, intrigados, se dispusieron a dormir fuera de sus tiendas de campaña para ver cuánto tiempo duraría la actuación; permaneció pensando hasta el amanecer, se acercó, ofreció una plegaria al día que comenzaba y volvió a sus asuntos como si nada.

Esta es una de las muchas historias que se cuentan sobre la habilidad de Sócrates para entrar en un profundo trance y que han inducido a muchos comentaristas a pensar que sufría de alguna forma de catalepsia. Añadido esto a que a veces decía que oía «voces», podría haber dudas acerca de su salud mental, pero todo lo mucho que conocemos de Sócrates apunta a un extremado sentido común y equilibrio. En verdad, su filosofía parece a veces poco más que sentido común utilizado con brillantez, salpicado de sagacidad irónica popular. Pero el hombre capaz de flotar en trance mientras todos los que le rodeaban sufrían los rigores del aburrimiento militar era capaz de gran bravura cuando la ocasión lo requería. Alcibíades cuenta que, estando él cierta vez herido en mitad de una batalla, Sócrates lo vio, se lo echó a la espalda y lo trasladó a través de una masa de soldados enemigos armados, salvándole así la vida.

Platón narra cómo el joven Alcibíades se enamoró de Sócrates. Cuesta imaginarlo, a menos que Alcibíades sufriera de algún defecto en la vista, pero no hay mención de ello. En palabras de Alcibíades: «Cuando oía su voz, mi corazón golpeaba como en un estado de éxtasis religioso». Parecen palabras de un joven impresionable embelesado por la sabiduría de Sócrates. Pero no. En un pasaje muy apreciado por los estudiosos del mundo clásico (y muy censurado por sus maestros), Alcibíades describe cómo intentó seducir a Sócrates.

En primer lugar, Alcibíades se las ingenió para pasar el día a solas con Sócrates, en la esperanza de que la conversación se deslizara en algún momento hacia «los temas que el amante suscita con su amado cuando están a solas». Pero Sócrates persistía en la filosofía. Después, Alcibíades sugirió a Sócrates ir al gimnasio y ejercitarse juntos. La mayoría de los juegos atléticos

se hacían entonces al desnudo, así que Alcibíades debió de pensar que las cosas iban bien cuando Sócrates aceptó su invitación. Hagamos una pausa y tratemos de imaginar a Sócrates, calvo, barrigón y patizambo, desnudo para los ejercicios del gimnasio. Sin descorazonarse, al parecer, por esta decepcionante visión y aprovechando que no había ningún otro por allí, Alcibíades llegó incluso a un juego de lucha con Sócrates. Pero todavía no sucedía nada.

Finalmente, Alcibíades decidió invitar a Sócrates a cenar en su casa y emborracharle. No tuvo éxito en emborracharle (nadie lo consiguió nunca, por mucha bebida que trasegara), pero mantuvo a Sócrates hasta muy tarde, de modo que se quedara a pasar la noche. En palabras de Alcibíades (según Platón): «Por fin se tumbó en el reclinatorio que había usado para cenar, al lado del mío, y no había nadie allí sino nosotros». Alcibíades reptó en la oscuridad hasta llegar al lado de Sócrates y abrazarle. Pero Sócrates no se mostraba dispuesto, así que, finalmente, se durmieron el uno en brazos del otro «como hermanos». Teniendo en cuenta las costumbres de la época, la capacidad de resistencia de Sócrates ante los avances de un apuesto joven como Alcibíades ha debido parecer un autocontrol sobrehumano.

Sócrates no era ningún asceta, a juzgar por su aspecto y lo que nos ha transmitido la historia, pero no se puede decir que viviera la gran vida. Andaba siempre sin un céntimo, puesto que se negaba a trabajar e insistía en dedicar todo su tiempo a la tarea que le habían asignado los dioses, esto es, a demostrar a los ciudadanos de Atenas la profundidad de su ignorancia. Parece, sin embargo, que recibió algo de herencia de su padre y era bien visto entre sus amigos influyentes, que le invitaban a menudo a comer. Sócrates era evidentemente un huésped muy divertido en los banquetes, estaba siempre dispuesto a charlar hasta la madrugada y era capaz de beber más que nadie. Estas fiestas eran de costumbre para hombres solos, aunque no asunto de homosexuales. Había a veces cortesanas (hetairas) y parece ser que Sócrates disfrutaba de todo lo que se daba gratis, además de la comida y la bebida.

Diógenes Laercio dice que Sócrates pasaba parte de su tiempo dando lecciones informales, conversacionales, a grupos de estudiantes jóvenes en el taller de un tal Simón el Zapatero, cerca del hito límite del ágora. Se puede todavía ver al borde del ágora, junto al muro de una vieja casa, el Horos con la inscripción «Yo soy el mojón del ágora». Excavaciones recientes han

descubierto una gran cantidad de clavos y una copa del siglo V a. C. con el nombre de Simón grabado. Lo que se había encontrado milagrosamente era nada menos que el taller donde enseñaba Sócrates.

Hace unos años, visité este lugar en un viaje a Atenas; medí los cimientos y vi que encerraban un cuadrado de cuatros pasos. Han debido de estar bastante apretados allí dentro, con Simón dando martillazos en la trastienda y los clientes entrando y saliendo, sin duda sin hacer caso de los extraños comentarios ingeniosos. Enseñar en tales circunstancias ha debido requerir una inteligencia rápida y la capacidad de mantener atenta una audiencia, dos cualidades de las que los filósofos parecen haber prescindido desde hace mucho tiempo. Sócrates tenía talento de actor y, dígase lo que se diga acerca de él, presentaba siempre un buen espectáculo. Es el gran comediante alternativo de la filosofía.

¿Qué enseñaba Sócrates, precisamente, en sus cursos? Una de sus observaciones más recordadas es: «Una vida sin pruebas es una vida no vivible», lo que corresponde a la actitud de un intelectual con mucho tiempo libre. Las ciudades-Estado griegas han sido probablemente las primeras sociedades en producir algo parecido a una clase media intelectual con un cierto grado de independencia (debido a la democracia) y de ocio (debido a la esclavitud). Los griegos tenían tiempo para ocuparse del pensar por sí mismo y llegar a sus propias conclusiones. El pensamiento original, de cualquier clase, necesita ocio, un hecho pasado a menudo por alto por mediocridades serias y laboriosas.

Sócrates pensaba que el verdadero ser de una persona es su alma (psijé o psique). Los filósofos anteriores habían dicho que el alma era el eterno «aliento de la vida», que «duerme cuando el cuerpo está activo y despierta cuando el cuerpo duerme», algo así como un subconsciente inmortal, no demasiado diferente de lo que afirma la doctrina junguiana de hoy. Para Sócrates, el alma era más bien la personalidad *consciente:* una entidad de la que se puede afirmar que es inteligente o estúpida, buena o mala, esto es, algo por lo que somos moralmente responsables; creía que debemos intentar que nuestra alma sea lo mejor posible, para asemejarla a Dios.

Pero ¿por qué? Sócrates sostenía que todos los hombres buscan la felicidad. Si la alcanzan o no, depende del estado de su alma. Solo las almas buenas logran la felicidad. Las gentes no son buenas porque se sienten atraídas por cosas que parecen ser buenas, pero que no lo son en absoluto. Si

conociéramos el bien, nos comportaríamos adecuadamente y no habría conflictos, ni en nosotros ni en la sociedad. Tal vez solo un filósofo puede ser tan ingenuo para creer esto. Todos compartimos una nebulosa noción del bien, pero tan pronto como la examinamos y la reducimos a particularidades prácticas, estamos en desacuerdo, tanto individual como socialmente. ¿Es bueno malgastar el tiempo ocupándose de la filosofía? ¿Es bueno negar el voto a las mujeres?

Los griegos vivían en pequeñas ciudades-Estado, una situación que favorece el consenso. Atenas, la más poderosa de las ciudades-Estado griegas, tenía una población masculina adulta de 42 000 personas en ese periodo. Además, los griegos creían en la virtud de la moderación. (Otra célebre máxima grabada en el Oráculo de Delfos era: «De nada demasiado»). La idea del bien de Sócrates era producto de su circunstancia y de su tiempo. La población total de Atenas, incluyendo mujeres, niños, extranjeros y esclavos, era probablemente de alrededor de 250.000. Otra cuestión distinta es si la mayoría libre de Atenas creía que no eran felices por causa del mal estado de sus almas.

Sócrates se casó con Jantipa a la edad de 50 años. La historia machista pinta a Jantipa como una fiera, pero la vida con Sócrates no debía de ser fácil; era vivir con alguien que se pasaba el día en la calle discutiendo sin ganar un céntimo, que volvía a casa de madrugada después de haber estado bebiendo con los amigos (aun sin dinero) y que, como todos los filósofos, era el hazmerreír del vecindario. (De la colección de chistes atenienses contemporáneos que ha llegado hasta nosotros, casi una cuarta parte presentan al filósofo como el bobo).

De Jantipa se dice que era la única persona capaz de ganar a Sócrates en una discusión. Pero, como suele ocurrir en las relaciones tormentosas, la historia sugiere que Sócrates y Jantipa estaban muy próximos el uno del otro. Tuvieron tres hijos, ninguno de los cuales parece haber aprendido gran cosa de su padre. (Según todos los datos, vivieron vidas normales). Jantipa parece haber sido consciente de que estaba casada con un hombre excepcional, a pesar de sus regaños y de la desaprobación de su conducta; estuvo incondicionalmente a su lado en los tiempos difíciles y su muerte la conmovió profundamente.

La Guerra del Peloponeso terminó con la humillación de Atenas cuando Sócrates contaba sesenta y cinco años. El jefe victorioso espartano, Lisandro,

viajó a El Pireo para supervisar el establecimiento de un gobierno simpatizante con Esparta, e instaló a los Treinta Tiranos. Siguió un periodo de terror, con arrestos sumarios, juicios y la confiscación de las propiedades de los oponentes. Muchos de los partidarios del gobierno democrático huyeron de Atenas, pero Sócrates se quedó. Sorprendentemente, a pesar de su individualismo indomable, Sócrates no era un demócrata. La democracia estaba todavía en su infancia y, a diferencia con las formas más maduras de hoy, era proclive a los excesos y la crasa incompetencia. Hasta los generales habían sido elegidos por votación en Atenas, método que se mostró aún menos eficiente que el procedimiento actual de reclutarlos entre los oficiales del ejército. Se culpaba a los demócratas de la conducta desastrosa que había llevado a que Atenas estuviera ahora de rodillas. Pero los argumentos de Sócrates contra la democracia se basaban en razones filosóficas, consistentes con su teoría ética. Sostenía que la mayoría de los hombres son almas infelices porque no conocen el auténtico bien y este desconocimiento les induce a votar a líderes que también tienen una idea errónea del bien. Esta opinión, junto con su idea de que había un solo bien último que solamente su filosofía podía discernir, le llevaron a un terreno peligroso. La sociedad que inventó Platón desarrollando estas ideas es una pesadilla. Al igual que Platón (y Sócrates), tanto los nazis como los sóviets creyeron que había un bien último único que solo su filosofía era capaz de descubrir.

Uno de los líderes de los Treinta Tiranos era Critias, que había sido discípulo de Sócrates. Critias dejó pronto muy claro que habían quedado atrás sus locuras de juventud, entre las que estaba su educación. No es que hubiera olvidado a Sócrates; al contrario. Cuando dictó un edicto prohibiendo la enseñanza de la filosofía en las calles de Atenas, mencionó expresamente a Sócrates. Conocía demasiado bien cómo su viejo profesor era capaz de torcer el significado de las palabras para su ventaja y no estaba de humor para tales payasadas. Quedaba prohibida la actividad de Sócrates, llamárase o no filosofía.

Algunos quisieron ver en la decisión de Sócrates de permanecer en Atenas una prueba de su aquiescencia al gobierno de los Tiranos, pero Sócrates dejó bien sentado, durante el estado de virtual guerra civil que siguió, que no deseaba tomar parte en la política y que prefería seguir siendo un hombre de principios.

Pero en la Atenas del siglo V a. C. era prácticamente imposible no

participar en la política (a menos que uno fuera mujer, o esclavo). Los Tiranos conocían lo odioso de su posición y pretendían involucrar a cuanta gente fuera posible en su reino de terror, a fin de extender su sentido de culpa. Como hombre de principios bien conocido, Sócrates era un candidato obvio. Cierto día, junto con otros cuatro, fue convocado por los Tiranos y conminado a que llevara a efecto una orden. Tenía que viajar a la isla de Salamina y arrestar a León, un dirigente de la oposición democrática. Este arresto era ilegal y León habría sido asesinado con toda probabilidad tan pronto como hubiera sido traído a Atenas. Sin pensar en las consecuencias, Sócrates no hizo caso de las órdenes ilegales y simplemente regresó a su casa. Esta decisión le habría costado probablemente la vida, a no ser por una serie de circunstancias imprevistas: Critias fue muerto y, poco después, los Treinta Tiranos fueron depuestos.

Los demócratas, que reemplazaron a los Tiranos, también la tenían tomada con Sócrates aunque, con el fin de curar las heridas de la guerra civil, declararon una amnistía general y Sócrates quedó a salvo. O así parecía. En el año 399 a. C., fue arrestado bajo la acusación de impiedad y corrupción de la juventud. El hombre que estaba detrás de esta acusación era un dirigente de los demócratas llamado Anito, que guardaba un viejo rencor a Sócrates. Años antes, el hijo de Anito había sido discípulo de Sócrates y había sido persuadido por este a que haría mejor dedicándose a la «vida filosófica» que al negocio familiar de curtidos.

Los cargos contra Sócrates eran claramente una farsa, pero involucraban la pena de muerte, lo cual parece algo excesivo. Ciertamente, Sócrates era todo lo impopular que puede ser un intelectual que argumenta por razones de principio en favor de causas impopulares. Pero ¿la pena de muerte para un hombre de setenta años? Hay un cierto misterio alrededor de estos cargos y el procedimiento subsiguiente y puede que no sea nunca aclarado del todo. Digo misterio, que no secreto, pues es bastante obvio que todo el mundo en Atenas sabía de qué iba en realidad el asunto.

Sócrates fue sometido a juicio ante los 500 miembros del consejo de gobierno, cada uno elegido al azar entre los hombres libres de Atenas. El caso contra Sócrates fue iniciado por Meleto, en realidad un hombre de paja de Anito. Meleto era un joven poeta trágico fracasado, de largos cabellos, barba rala y nariz aguileña; tenía un humor sarcástico y cortante: un adversario adecuado para el viejo y astuto Sócrates.

Meleto presentó la acusación y terminó pidiendo la pena de muerte.

Era el turno del acusado para defenderse él mismo. Parece que Sócrates se equivocó al juzgar lo serio de su situación, y respondió a la corte como si estuvieran participando en una de sus charlas filosóficas, para diversión de algunos, pero no de muchos otros. Finalmente, el resultado de la votación fue contrario a Sócrates: 280 contra 220 a favor de la pena de muerte.

Ahora le tocaba a Sócrates hacer una contrapropuesta para una sentencia más suave, pero seguía sin tomar el juicio en serio. Los cargos en su contra eran ridículos, y él lo sabía. Sócrates sugirió que era merecedor de honores, más que de un castigo, por todo lo que había hecho por la ciudad y que, en lugar de condenarle a muerte, deberían concederle una plaza en el Pritaneo, el lugar sagrado donde los héroes de Atenas eran mantenidos a costa del erario público.

Gran alboroto en la corte.

Acusando el golpe, Sócrates dio marcha atrás. Propuso pagar una multa acorde con sus posibilidades y sugirió la irrisoria suma de una mina (el precio de una jarra de vino).

Más alboroto. Los amigos de Sócrates le rogaban que fuera más sensato. De mala gana, Sócrates propuso pagar una multa de 30 minas, en lugar de ser condenado a muerte.

El consejo estaba ya harto. Esta vez, el veredicto en favor de la pena de muerte fue de 360 contra 140.

Hay indicios de que no solo era cabezonería de Sócrates. ¿Podía esperar que la corte reconociera su valía y lo dejara libre?, ¿o estaba decidido a morir? (De haber sugerido la pena del exilio, seguramente la corte habría accedido, y Sócrates podría haber vivido cómodamente ayudado por sus amigos). Parecería como si Sócrates albergara un deseo de martirio, aunque fuera subconscientemente.

Sócrates debería haber sido expulsado de la corte y su sentencia ejecutada en el acto, pero el día anterior la galera sagrada había partido en su viaje anual a la isla de Delos, a más de 160 kilómetros por el Egeo, y no podía haber ejecuciones hasta su regreso, así que Sócrates fue maniatado y trasladado a la prisión del Estado.

Pueden todavía verse los límites de la prisión, unos 100 metros al sudoeste de las ruinas del ágora, en medio de un descampado cubierto de viejas piedras y antiguos cimientos. La celda y la sala de baño donde Sócrates

fue encerrado están en el rincón derecho, según se entra, y es allí donde recibió a sus amigos durante sus últimos días. En esta insignificante pieza de 6 por 6 pasos sucedieron las escenas descritas por Platón en sus mejores diálogos, obras maestras de la antigua literatura griega dignas de ser comparadas con las obras de Homero y las tragedias.

El héroe de estos diálogos permanece siempre fiel a sí mismo, del todo humano, sabio y admirable hasta la irritación, tal como uno imagina que sería su intención. En cierto momento, su amigo Critón expone que ha ideado un plan de huida sobornando a los guardias para hacer como que no veían. Pero Sócrates rehúsa. Sería contrario a todo en lo que él creía. Sócrates estaba firmemente en favor de la ley, aun en el caso de que se equivocara.

Por fin llegan noticias de que la galera sagrada ha sido vista bordeando el cabo Sunión y que pronto arribará a Atenas. Los amigos de Sócrates, junto con su esposa Jantipa, se reúnen en la celda. Sócrates despide entonces a Jantipa, porque no desea muestras embarazosas de emoción. Al marchar, Jantipa protesta: «¡Pero tú eres inocente!».

La respuesta de Sócrates es característica: «¿Hubieras preferido que fuera culpable?».

Sócrates discute con sus amigos (discípulos sería un apelativo más justo en esta coyuntura) sobre la naturaleza de la muerte y la inmortalidad. Platón lo transcribe de forma conmovedora, aunque él no estaba presente. (Precisamente ese día estaba en cama con fiebre). Entonces le entregan a Sócrates una copa con la cicuta. (Atenas operaba siguiendo una política de ejecuciones de hágalo-usted-mismo). Fiel a sí mismo hasta el final, Sócrates alega ignorancia y pregunta: «¿Cuál es el modo correcto de proceder?».

«Beberlo, simplemente», contesta el criado. «Camina después hasta que sientas las piernas débiles. Te tumbas entonces, y el veneno hará el resto».

«¿Puedo verter algo como sacrificio a los dioses?».

«No, no viertas nada. Pudiera ser que no quedara lo suficiente para que el veneno actúe adecuadamente».

Sócrates bebe de un solo trago.

Sus amigos no son ya capaces de disimular su pena y rompen a llorar desconsoladamente.

Sócrates les recrimina. «Comportáos. ¿No despedí a Jantipa para evitar esta clase de escena?».

Mientras yace, la insensibilidad se va apoderando de su cuerpo.

«Recuerda, Critón, que le debo un gallo a Esculapio», son sus palabras finales.

El tábano de Atenas muere.

Las últimas palabras de Sócrates, recogidas por Platón, suenan a algo auténtico, precisamente porque no está muy claro qué significan. Este es un caso en el que se puede decir con bastante certeza que la vida triunfó sobre la literatura, aun cuando Platón hubiera de confiar en lo que le dijeran sus amigos.

Como era de esperar, las últimas palabras de Sócrates se han prestado a diversas interpretaciones. La más obvia es la de que Sócrates, simplemente, le debía un pollo a un amigo llamado Esculapio y quería saldar la deuda. Esto resulta demasiado banal para muchos eruditos. Esculapio, además de ser un nombre bastante común, era también el dios de la medicina y la curación. (Se acostumbraba a representarlo caminando con un báculo con una serpiente enredada y es el origen del emblema que adorna farmacias y ambulancias hasta el día de hoy). Otros sugieren que las últimas palabras de Sócrates significan que quería que se pagaran las deudas con su doctor. Aun hay otros que han propuesto una interpretación más ingeniosa y metafísica. Una traducción alternativa de las últimas palabras de Sócrates sería: «Critón, debemos sacrificar un gallo a Esculapio. Procura que se haga. No lo olvides». Entre los poderes de Esculapio estaba el de la capacidad de curar el alma de los males de este mundo, preparándola para el próximo, de modo que el regalo de Sócrates a Esculapio pudiera haberlo hecho en la esperanza de un paso seguro de su alma al más allá. Esto habría estado de acuerdo con su creencia en la inmortalidad del alma. Como Sócrates expuso a sus amigos antes de beber la cicuta: «Solo los que han vivido una vida malvada confían en que la muerte sea el fin de todo. Esto es razonable, pues está en su interés el que así fuera. Yo, sin embargo, estoy convencido de que las almas de los malos vagan en desolación por el bajo mundo del Tártaro. Solo los que han vivido una vida justa serán admitidos en el Mundo Real». Sócrates era lo suficientemente hombre (y lo suficientemente filósofo) para dejar un elemento de incertidumbre en este punto. Antes de beber la cicuta, anunció a sus amigos: «Pero ya es tiempo de irnos: que yo tengo que morir, que vosotros tenéis que vivir. Mas quién de nosotros vaya a lo mejor, cosa es, para todos menos para Dios, desconocida».

A los pocos días de la muerte de Sócrates, el pueblo de Atenas se

apercibió de la enormidad de lo que habían cometido. Se declaró un periodo de luto durante el cual los gimnasios, teatros y escuelas permanecieron cerrados. Meleto fue condenado a muerte y Anito desterrado. Una estatua de bronce de Sócrates, obra de Lisipo, fue erigida en la Vía Sacra, un lugar donde los desocupados pudieron reunirse bajo su más noble protagonista.

Todo esto suena muy honorable y dejaría en buen lugar a los ciudadanos de Atenas. Pero, para mí, sugiere que Sócrates no fue sino un peón en alguna disputa política de gran calado. Al final de la partida, Sócrates venció con creces, como siempre, o si no no estaríamos todavía hoy leyendo acerca de él.

Epílogo

El esquivo Sócrates

Nuestro conocimiento de Sócrates viene de dos fuentes principales, Platón y Jenofonte, ambos discípulos que fueron suyos. Platón llegó a ser filósofo y nos legó su filosofía escrita en forma de diálogos magistrales, en muchos de los cuales aparece Sócrates. Jenofonte, por su parte, se hizo soldado y tuvo una carrera militar tan desastrosa que decidió dedicarse a la literatura. Una de sus obras más conocida es *Memorabilia,* donde describe la figura de Sócrates.

Por desgracia, estas dos fuentes de primera mano nos presentan dos imágenes de Sócrates muy distintas y que solo coinciden en ocasiones. Jenofonte era conservador por naturaleza y se sentía indignado porque su viejo maestro fuera acusado de corromper a la juventud de Atenas. Su retrato apologético de Sócrates contiene muchos detalles anecdóticos pero muy poco de filosofía, hasta el punto que Sócrates apenas parece haber sido filósofo. Sócrates es un personaje del diálogo de Jenofonte *Economicus,* pero sus palabras son, principalmente, de consejos sobre cómo cuidar un jardín y en *Memorabilia,* las ideas de Sócrates son a menudo tan aburridas y faltas de originalidad que es difícil entender por qué causó tanto revuelo el personaje. Un hombre así no habría sido juzgado nunca por predicar doctrinas subversivas, pero tampoco habría sido un gran filósofo.

Puede ser que Jenofonte fuera demasiado convencional para ser capaz de entender las ideas de Sócrates, pero da la impresión de que también era demasiado insulso para presentar una imagen de Sócrates que no fuera verdadera. Algunos se han inclinado, por esta razón, a aceptar su retrato de Sócrates. Bertrand Russell descarta con firmeza esta opinión: «Un hombre estúpido no puede transcribir con justeza lo que dice un hombre inteligente, porque, inconscientemente, traduce lo que oye a algo que él es capaz de comprender».

A la inversa, Platón puede haberse pasado de inteligente en su retrato de Sócrates, que aparece en los diálogos como una pieza magistral de literatura.

He aquí un personaje soberbio, retratado como en una obra de arte y que produce la sospecha de que el original ha sido «mejorado» (una «mejora» con fines más artísticos que morales, pues el Sócrates de Platón no es ningún santo).

Hay, igualmente, dificultad en separar lo que dijo realmente Sócrates de lo que Platón quiere hacerle decir. Sabemos que Platón puso en boca de Sócrates gran parte de su propia filosofía, pero ¿cuánto?

El retrato de Sócrates que he esbozado está inspirado en las dos fuentes. Cuando coinciden, se tiene una vislumbre de un personaje inconfundible pero imprevisible. Este es el Sócrates esquivo que he intentado atrapar.

Todo el mundo está de acuerdo en que Sócrates se preciaba de lo escurridizo tanto de sus argumentos como de su personalidad; puede ser que se nos haya escapado hasta hoy.

El legado de Sócrates

La herencia que nos legó Sócrates es ambigua, como a él, sin duda, le habría gustado. Ejerció una profunda influencia en Platón y, a su través, ha impregnado la filosofía hasta hoy. El legado de la antigua Grecia ha sido comparado al ajo. Una vez que su gusto está en el plato, es imposible quitarlo. Un cierto sabor de la antigua Grecia continúa siempre repitiéndose en la filosofía, hágase lo que se haga.

La dialéctica de Sócrates resultó ser decisiva. Este método de dirigir la conversación sirvió ciertamente de modelo literario a los grandes diálogos de Platón, pero, además, su importancia en filosofía no se puede subrayar lo bastante. El procedimiento de Sócrates para el análisis de un tema fue el primer uso importante de la razón como objeto propio en filosofía. Comenzaba por pedir al adversario que definiera el tema en discusión, que podía ir desde la naturaleza de la justicia hasta la mejor manera de llegar a ser general del ejército. Fuera sublime o ridículo, el asunto recibía el mismo tratamiento y esa fue justamente la gran innovación de la dialéctica: era una herramienta aplicable a cualquier cosa. Una vez lograda la definición del tema, Sócrates procedía a buscarle agujeros, encontrando en el proceso una definición mejor. Avanzaba de este modo desde los ejemplos particulares a los de aplicación más general, llegando finalmente a la verdad universal.

Tales verdades, junto con el método de Sócrates de llegar a ellas, fueron el antecedente de la lógica, inventada en el siglo siguiente por Aristóteles, discípulo de Platón. Aristóteles aceptó la Teoría de las Formas, si bien modificada para satisfacer sus propios requisitos. Artistóteles despertó de nuevo el interés de la filosofía por la realidad, invirtiendo la tendencia establecida por Sócrates y Platón. Aristóteles trató de incluir todo en la filosofía, desde la cosmología a la conchología, de la ciencia al pecado. Pero, en definitiva, su mayor éxito consistió en hacer un mapa del territorio del conocimiento humano. El énfasis, una vez más, iba a la teoría más que al conocimiento duro que pudiera encontrar un uso práctico. En consecuencia, cuando los romanos conquistaron Grecia, la filosofía declinó. No tenía ninguna utilidad y, por tanto, no les servía de nada a los romanos.

Al colapso del Imperio romano siguió la civilización dominada por la

religión, propia de la Edad Media. La filosofía siguió moribunda: un vacío de abstracción, sellado herméticamente por la ortodoxia religiosa. La energía mental que produjo la más intrincada, totalizadora y profunda teología que ha conocido el mundo, no fue capaz, en términos tecnológicos, de inventar nada más complicado que el arnés (cuyo mecanismo había sido ya previsto por Arquímedes en el siglo III a. C.). Las catedrales góticas se levantaban sobre casuchas alineadas en calles sin saneamiento y se combatían las plagas con superstición.

No fue esto culpa de Sócrates, pero el quiebro que sufrió el pensamiento de resultas de su filosofía tuvo algo que ver. El conocimiento humano tiene una deuda inconmensurable con Sócrates. Nos mostró *cómo* usar la razón, pero, al mismo tiempo, limitó nuestra visión sobre *dónde* usarla, con lo que le dejó al conocimiento un enorme punto ciego; esto duró durante no menos que *tres cuartas partes* del periodo comprendido entre el comienzo de la filosofía y el presente.

Un ejemplo de este punto ciego lo constituye la actitud medieval hacia la Peste Negra, la plaga que acabó con más de la mitad de la población de Europa en el siglo XIV. Se sabía desde el comienzo que la Peste Negra era contagiosa. (La enfermedad llegó a Occidente cuando cadáveres con la plaga fueron catapultados a un puesto comercial de los genoveses asediado en el mar Negro). Pero se hizo caso omiso de este conocimiento *práctico* en favor de medidas espirituales. ¿Por qué? Porque la lógica, sucesora de la dialéctica de Sócrates, se aplicaba habitualmente a ideas abstractas, no a asuntos prácticos. Como hemos visto, se puede reconocer este punto ciego ya en Sócrates, pero no se le debe culpar de la enormidad de las consecuencias posteriores (el cese virtual del progreso humano). Todos cometemos errores, aun cuando seamos grandes filósofos. Lo que no es de esperar es que se perpetúen durante casi 2000 años.

Alguna opiniones atribuidas a Sócrates[1]

Puesto que Sócrates no escribió nada, parece justo comenzar con una cita que explica por qué:

No sabiendo nada, ¿qué podría yo escribir?

Y prosigue:

He oído, pues, que hubo en Naúcratis de Egipto un Dios, de los antiguos allí; cuya ave sagrada recibió el nombre de Ibis; y este daimonio el de Teut: primer inventor del número y del cálculo, de la geometría y de la astronomía, del ajedrez y los dados, y lo que es más, de la escritura.

Reinaba a la sazón sobre Egipto entero Thamos. Viniendo, pues, a él, Teut le mostró sus artes […] Mas cuando se llegó a la escritura, dijo Teut: «He aquí, ¡oh Rey!, una enseñanza que hará a los egipcios más sabios y memoriosos». Quien a su vez contestó: «¡Oh, artífice de artífices!, Teut… Y en este caso tú, padre de la escritura, le has atribuido por benevolencia lo contrario de sus efectos, porque la escritura producirá precisamente el olvido en las almas de los que la aprendieren por descuidar la memoria, ya que, confiados en lo escrito, desde afuera y por extrañas improntas, y no desde dentro y de sí mismos les vendrá la reminiscencia».

Platón, *Fedro*, 274, 275

Después de referirse a su madre partera, Sócrates explica su método filosófico, que asemeja al trabajo de su madre:

A mi arte de parterismo le son comunes otras cosas con el de las parteras; mas se diferencia en hacer de partero de hombres y no de mujeres, y en examinar las almas en trance de parir, y no los cuerpos… Porque esto de común tengo con las parteras: el que soy infecundo en sabiduría… el dios me ha condenado a ser partero; pero me impide parir.

Platón, *Teeteto,* 150c

Agudezas y anécdotas:

[…] que, para el hombre, una vida sin pruebas es una no vivible vida…

Platón, *Apología,* 38a

«A la Verdad es a lo que no puedes resistir con palabras, amado Agatón —dijo Sócrates—; "que resistir a Sócrates no es por cierto cosa difícil"».

Platón, Banquete, 201d

Un extranjero capaz de leer en los rostros pasó cierta vez por Atenas. Al ver a Sócrates, le dijo inmediatamente que era un monstruo que albergaba todos los vicios y malvados deseos. Sócrates respondió: «¡Me has conocido!».

Referido por Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos,* El Problema de Sócrates

Alguien preguntó cierta vez a Sócrates si debía o no casarse. La respuesta fue: «Haz como te plazca, que lo lamentarás en todo caso».

Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres,* II, 3

Sócrates en acción:

Aristipo preguntó de nuevo a Sócrates si conocía alguna cosa bella. «Muchas», replicó.

«¿Se parecen entre sí?», inquirió Aristipo.

«Algunas son todo lo distintas de otras como es posible».

«Pero ¿cómo puede ser una cosa bella distinta de otra cosa bella?».

Sócrates respondió: «Porque un hombre bellamente formado para la lucha será diferente de otro formado para la carrera. Y un escudo bellamente construido para la defensa es completamente distinto de un venablo bellamente construido para ser arrojado agresiva y velozmente».

Jenofonte, *Memorabilia,* VIII, 4

Sócrates expone en su juicio la causa de su impopularidad. Recuerda que el Oráculo de Delfos, que habla por el dios Apolo, dijo una vez que él era el más sabio de los hombres:

Habiendo, pues, oído tal oráculo, pensé en mi ánimo: «¿Qué dice el Dios, y qué pretende con tal dicho dar a entender?»; que no me sé sabio, ni poco ni mucho…, porque de ninguna manera miente… Y durante mucho tiempo anduve desorientado… Después… emprendí la comprobación de la siguiente manera: me dirigí a uno de los que pasaban por sabios, a fin de poner a prueba allí, mejor que en parte alguna, el oráculo y demostrar al oráculo con sus mismas palabras que «este sí que es más sabio que yo, aunque tú dijiste ser yo».

Examinando, pues, a este personaje —no es necesario que os diga su nombre, era uno de los políticos, en quien me fijé para tal fin—, recibí, Varones atenienses, la siguiente impresión: me pareció, dialogando con él, que el tal varón parecía sabio a otros y aun a muchos hombres, y sobre todo se lo parecía a sí mismo; más no lo era.

E intenté entonces demostrarle que él se creía sabio, pero que no lo era. Lo que conseguí fue volverme odioso a él y a muchos de los presentes. Al separarme, pues, de él, iba pensando para mí: «Por cierto que soy más sabio que este hombre, porque en realidad, de verdad, cada uno de nosotros dos corremos el peligro de no saber nada ni de bello-ni-de-bueno; mas él cree saber sin saber; mientras que yo, como no sé nada, nada me creo saber. Parece, pues, que soy más sabio que él en este poquito: en no creer saber lo que no sé».

Me dirigí después a otros de los reputados por aún más sabios que el primero; y saqué la misma

impresión y la misma odiosidad de parte de estos y de otros muchos.

Platón, *Apología,* 21b, c, d.

Sócrates habla con sus amigos, la mañana de su muerte en su celda de condenado, sobre el alma, la verdad y la sabiduría inmortal:

Parece como si un atajo nos condujera de modo que mientras en nuestras consideraciones tengamos, junto con la razón, el cuerpo, y que esté contaminada nuestra alma con tal mal, no lleguemos a poseer completamente lo que anhelamos, que decimos ser lo verdadero, porque el cuerpo nos depara toda suerte de molestias, a causa del necesario sustento. Más aún: nos sobrevienen enfermedades, entorpeciéndonos la cacería de lo Ente. El cuerpo nos rellena de amores, deseos, miedos, de tantos ídolos y bagatelas de toda clase, tanto que, como se dice con verdad, ni siquiera nos acude alguna vez pensar en lo Ente; por culpa de él; guerras, sediciones, luchas, ninguna otra cosa nos las apareja sino el cuerpo y sus deseos; que por la posesión de riquezas surgen todas las guerras. Empero necesitamos poseer riquezas por causa del cuerpo, sirviéndole así con tales cuidados. Por tal causa no nos quedan vacaciones para filosofar acerca de todas estas cosas. Mas lo peor de todo es que, cuando las tenemos y nos volvemos a considerar algo, interrumpiéndonos constantemente en nuestras investigaciones nos perturba, confunde y desconcierta tanto que no podemos, por causa de él, percibir lo verdadero; queda, pues, demostrado que en realidad, si queremos llegar a conocer puramente, hay que separarse de él y contemplar con el alma misma las cosas mismas; y entonces, como parece, estaremos donde deseamos y con aquello de que decimos estar enamorados: de Sapiencia, y esto, una vez muertos, como lo demuestra el razonamiento; mas no, de vivos. Porque si estando en cuerpo no es posible conocer nada puramente, una de dos: o no habrá manera de alcanzar el saber, o morirnos. Que entonces llegará a estar el alma ella en sí misma, fuera del cuerpo; mas no antes.

Empero mientras vivamos, así parece, estaremos lo más cerca del Saber, si lo más posible dejamos de tratarnos con el cuerpo y de compartirnos con él, fuera de lo estrictamente necesario, y no nos dejamos empapar de su naturaleza; al contrario, nos purificamos de ella hasta que dios mismo nos separe. Y así, puros, apartados de la insensatez del cuerpo, como es debido, conoceremos por nosotros mismos todo lo puro, que es, tal vez, lo verdadero, pues no es lícito con lo no puro tocar lo puro.

Platón, *Fedón,* 66b, c, d, e, 67 a, b

Pero ya es tiempo de irnos: que yo tengo que morir, que vosotros tenéis que vivir. Mas quién de nosotros vaya a lo mejor, cosa es, para todos menos para Dios, desconocida.

Platón, *Apología,* 42a

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a. C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final siglo VI a. C.	Muerte de Pitágoras.
399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
ca. 387 a. C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a. C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.
324 d. C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d. C.	San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.
410 d. C.	Los visigodos saquean Roma, anunciando el comienzo de la Edad Media.
529 d. C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.
1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la sabiduría griega.
	Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las*

1543	*revoluciones de los cuerpos celestes),* donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol.
1633	Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.
1641	Descartes publica sus *Meditaciones*, inicio de la filosofía moderna.
1677	La muerte de Spinoza hace posible la publicación de su *Ética*.
1687	Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad.
1689	Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.
1710	Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, conquistando nuevos campos para el empirismo.
1716	Muerte de Leibniz.
1739-1740	Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos.
1781	Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.
1807	Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.
1818	Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*, introduciendo la filosofía hindú en la metafísica alemana.
1889	Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.
1921	Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus*, proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.
1920-1929	El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.
1927	Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo),* anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental.
1943	Sartre publica *L'être et le néant (El ser y la nada),* adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.
1953	Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Cronología de la vida de Sócrates

469 a. C.	Nace Sócrates en las afueras de Atenas.
Antes del 440 a. C.	El Oráculo de Delfos anuncia que Sócrates es «el más sabio de los hombres».
440 a. C.	Sócrates sirve como hoplita (soldado raso) en la Guerra del Peloponeso y salva la vida a Alcibíades en la batalla de Potidea.
ca. 423 a. C.	Sócrates es ridiculizado en una comedia de Aristófanes.
ca. 420 a. C.	Se casa con Jantipa. Tienen tres hijos en la década siguiente
406-405 a. C.	Miembro del Consejo Legislativo (Bulé).
404 a. C.	Desobedece la orden de arrestar a León, dada por los Treinta Tiranos.
399 a. C.	Es acusado de impiedad y de corromper a la juventud. Juicio de Sócrates, que culmina con su sentencia de muerte. Toma la cicuta y muere.

Cronología de la época de Sócrates

460 a. C.	Culmen de Esquilo, el primer dramaturgo trágico griego.
460 a. C.	Estalla la Primera Guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta. Nace Hipócrates, fundador de la Medicina, en la isla de Kíos.
445 a. C.	Fin de la Primera Guerra del Peloponeso.
Mitad del 440 a. C.	Comienza la Edad de Oro de Atenas con Pericles. Periodo del mayor florecimiento de la cultura ateniense.
447 a. C.	Comienza la construcción del Partenón en la Acrópolis de Atenas.
441-440 a. C.	La rebelión de Samos rompe la paz en el Egeo.
431 a. C.	Estalla la Segunda (Gran) Guerra del Peloponeso entre Esparta y Atenas.
429 a. C.	Muere Pericles.
428 a. C.	Muerte de Anaxágoras, primer filósofo ateniense, maestro de Sócrates y Pericles.
415 a. C.	Atenas envía a la conquista de Sicilia una gran expedición que termina en desastre.
404 a. C.	La Segunda Guerra del Peloponeso termina con la derrota humillante de Atenas. Los Treinta Tiranos toman el poder.
403 a. C.	Los Treinta Tiranos son depuestos y se restaura la democracia en Atenas.
400 a. C.	Reforma de las leyes y amnistía general (que no se aplica a Sócrates un año después).

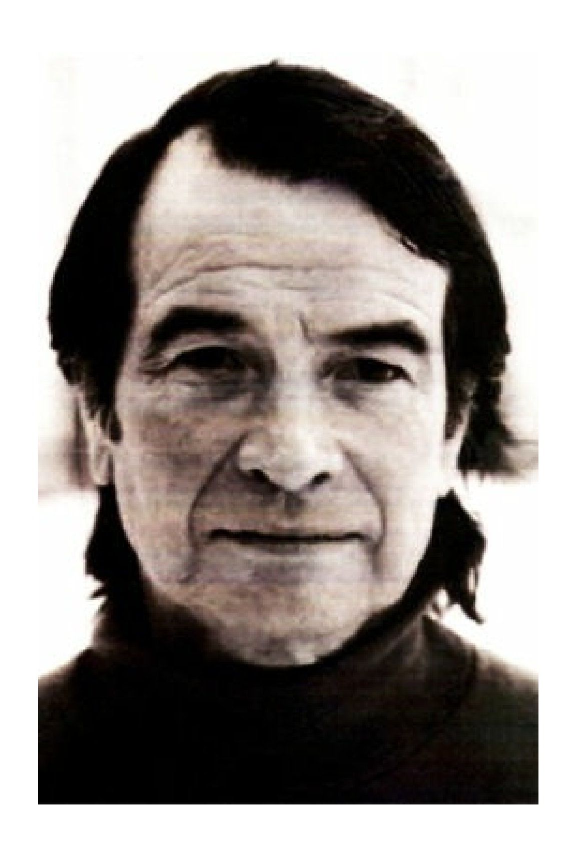
Lecturas recomendadas

- H. H. Benson, *Essays on the Philosophy of Socrates*, Oxford University Press, 1992.
- T. C. Brickhouse y N. D. Smith, *Plato's Socrates,* Oxford University Press, 1993.
- S. Buchanan (ed.), *The Portable Plato,* Viking, 1977.
- W. K. Guthrie, *Socrates,* Cambridge University Press, 1977; *Los filósofos griegos,* Madrid, FCE, 1981.
- P. A. Van der Waerdt (ed.), *The Socratic Movement,* Cornell University Press, 1994.

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

1. Aristóteles en 90 minutos
2. Berkeley en 90 minutos
3. Confucio en 90 minutos
4. Derrida en 90 minutos
5. Descartes en 90 minutos
6. Foucault en 90 minutos
7. Hegel en 90 minutos
8. Hume en 90 minutos
9. Kant en 90 minutos
10. Kierkegaard en 90 minutos
11. Leibniz en 90 minutos
12. Locke en 90 minutos
13. Maquiavelo en 90 minutos
14. Marx en 90 minutos
15. Nietzsche en 90 minutos
16. Platón en 90 minutos
17. Russell en 90 minutos
18. San Agustín en 90 minutos
19. Sartre en 90 minutos
20. Schopenhauer en 90 minutos
21. Sócrates en 90 minutos
22. Spinoza en 90 minutos
23. Tomás de Aquino en 90 minutos
24. Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublín, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de dos docenas de idiomas. Es el autor de los *best-sellers Los Medici: Padrinos del Renacimiento, Napoleón en Egipto*, y *El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica*. Su más reciente trabajo *El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova* salió en mayo de

2012.

Strathern fue profesor en la Universidad de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y Opajoke.

Notas

[1] La versión castellana de Platón es traducción directa del texto griego de la edición G. Budé, debida a J. D. García Bacca, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1980. *(N. del T.)*. <<

Table of Contents